

Arthur Conan Doyle

La Banda de
Lunares



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA BANDA DE LUNARES

ARTHUR CONAN DOYLE

**PUBLICADO: 1891
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

Traducido al castellano por Elejandría desde su publicación original en la colección de relatos titulada The Adventures of Sherlock Holmes (1892) disponible en Project Gutenberg.

LA BANDA DE LUNARES

Al repasar mis notas de los setenta casos extraños en los que he estudiado durante los últimos ocho años los métodos de mi amigo Sherlock Holmes, encuentro muchos trágicos, algunos cómicos, un gran número de ellos simplemente extraños, pero ninguno común; porque, trabajando como lo hacía más bien por amor a su arte que por la adquisición de riqueza, se negaba a asociarse con cualquier investigación que no tendiera a lo inusual, e incluso a lo fantástico. Sin embargo, de todos estos casos variados, no recuerdo ninguno que presentara características más singulares que el relacionado con la conocida familia de Surrey de los Royslotts de Stoke Moran. Los hechos en cuestión ocurrieron en los primeros días de mi asociación con Holmes, cuando compartíamos habitaciones como solteros en Baker Street. Es posible que haya podido dejar constancia de ellos antes, pero en aquel momento se hizo una promesa de secreto, de la que sólo me he librado durante el último mes por la prematura muerte de la dama a la que se hizo la promesa. Tal vez sea mejor que los hechos salgan ahora a la luz, porque tengo razones para saber que hay rumores generalizados sobre la muerte del doctor Griesby Royslott que tienden a hacer el asunto aún más terrible que la verdad.

Fue a principios de abril del año 1883 cuando me desperté una mañana y encontré a Sherlock Holmes de pie, completamente vestido, al lado de mi cama. Era un hombre que se levantaba tarde, por regla general, y como el reloj de la repisa de la chimenea me indicaba que sólo eran las siete y cuarto, parpadéé con cierta sorpresa, y tal vez con un poco de resentimiento, pues yo mismo era regular en mis hábitos.

"Siento mucho haberle despertado, Watson -dijo-, pero es lo habitual esta mañana. La Sra. Hudson ha sido llamada, ha replicado sobre mí, y yo sobre usted".

"¿Qué es, entonces, un incendio?"

"No; un cliente. Parece que una joven ha llegado en un estado considerable de excitación, que insiste en verme. Ahora está esperando en el salón. Ahora bien, cuando las jóvenes deambulan por la metrópoli a estas horas de la mañana, y sacan a la gente dormida de sus camas, supongo que es algo muy urgente lo que tienen que comunicar. Si resulta ser un caso interesante, estoy seguro de que querrá seguirlo desde el principio. Pensé, en todo caso, que debía llamarlo y darle la oportunidad".

"Mi querido amigo, no me lo perdería por nada".

No tenía mayor placer que el de seguir a Holmes en sus investigaciones profesionales, y admirar las rápidas deducciones, tan veloces como las intuiciones, y sin embargo siempre fundadas en una base lógica, con las que desentrañaba los problemas que se le presentaban. Me vestí rápidamente y en pocos minutos estuve listo para acompañar a mi amigo al salón. Una señora vestida de negro y con un gran velo, que había estado sentada en la ventana, se levantó cuando entramos.

"Buenos días, señora", dijo Holmes alegremente. "Me llamo Sherlock Holmes. Este es mi íntimo amigo y socio, el doctor Watson, ante el cual puede usted hablar tan libremente como ante mí. ¡Ja! Me alegra ver que la señora Hudson ha tenido el buen tino de encender el fuego. Le ruego que se acerque a él y le pediré una taza de café caliente, porque observo que está usted temblando".

"No es el frío lo que me hace temblar", dijo la mujer en voz baja, cambiando de asiento como se le pidió.

"¿Qué, entonces?"

"Es el miedo, señor Holmes. Es el terror". Se levantó el velo mientras hablaba, y pudimos ver que, efectivamente, se encontraba en un lamentable estado de agitación, con el rostro demacrado y gris, y los ojos inquietos y asustados, como los de un animal cazado. Sus rasgos y su figura eran los de una mujer de treinta años, pero su cabello estaba cubierto de canas prematuras y su expresión era cansada y demacrada. Sherlock Holmes la examinó con una de sus rápidas y comprensivas miradas.

"No debe temer -dijo tranquilizador, inclinándose hacia delante y dándole unas palmaditas en el antebrazo-. "No me cabe duda de que pronto arregla-

remos las cosas. Veo que has venido en tren esta mañana".

"¿Me conoces, entonces?"

"No, pero observo la segunda mitad de un billete de vuelta en la palma de su guante izquierdo. Debe haber salido temprano, y sin embargo tuvo un buen viaje en un carro de perro, por caminos pesados, antes de llegar a la estación."

La señora dio un violento respingo y miró perpleja a mi acompañante.

"No hay ningún misterio, mi querida señora", dijo él, sonriendo. "El brazo izquierdo de su chaqueta está salpicado de barro en no menos de siete lugares. Las marcas son perfectamente recientes. No hay ningún vehículo, salvo un carro de perros, que arroje barro de esa manera, y sólo cuando uno se sienta a la izquierda del conductor".

"Sean cuales sean sus razones, tiene usted toda la razón", dijo ella. "Salí de casa antes de las seis, llegué a Leatherhead a las veinte y pico, y llegué en el primer tren a Waterloo. Señor, no puedo soportar más esta tensión; me volveré loca si continúa. No tengo a nadie a quien recurrir, salvo a uno solo que se preocupa por mí, y él, pobrecito, puede ser de poca ayuda. He oído hablar de usted, señor Holmes; he oído hablar de usted por la señora Farintosh, a la que ayudó en la hora de su grave necesidad. Fue por ella que recibí su dirección. Oh, señor, ¿no cree usted que podría ayudarme a mí también, y al menos arrojar un poco de luz a través de la densa oscuridad que me rodea? Por el momento no puedo recompensarle por sus servicios, pero dentro de un mes o seis semanas estaré casada, con el control de mis propios ingresos, y entonces por lo menos no me considerará usted desagradecida."

Holmes se dirigió a su escritorio y, abriéndolo, sacó un pequeño cuaderno de notas que consultó.

"Farintosh", dijo. "Ah, sí, recuerdo el caso; se trataba de una tiara de ópalo. Creo que fue antes de su época, Watson. Sólo puedo decir, señora, que estaré encantado de dedicar a su caso el mismo cuidado que le dediqué al de su amiga. En cuanto a la recompensa, mi profesión es su propia recompensa; pero es usted libre de sufragar cualquier gasto que se me imponga, en el momento que más le convenga. Y ahora le ruego que nos exponga todo lo que pueda ayudarnos a formarnos una opinión sobre el asunto."

"¡Ay!", respondió nuestra visitante, "el horror mismo de mi situación radica en el hecho de que mis temores son tan vagos, y mis sospechas dependen tan enteramente de pequeños puntos, que podrían parecer triviales a otro, que incluso él, a quien de todos los demás tengo derecho a buscar ayuda y consejo, considera todo lo que le digo al respecto como las fantasías de una mujer nerviosa. Él no lo dice, pero yo puedo leerlo en sus respuestas tranquilizadoras y en sus ojos desviados. Pero he oído, señor Holmes, que usted puede ver profundamente la múltiple maldad del corazón humano. Puede aconsejarme cómo caminar en medio de los peligros que me rodean".

"Soy todo atención, señora".

"Me llamo Helen Stoner, y vivo con mi padrastro, que es el último superviviente de una de las familias sajonas más antiguas de Inglaterra, los Roylott de Stoke Moran, en la frontera occidental de Surrey".

Holmes asintió con la cabeza. "El nombre me resulta familiar", dijo.

"La familia fue en su día una de las más ricas de Inglaterra, y sus propiedades se extendían por las fronteras de Berkshire, en el norte, y Hampshire, en el oeste. Sin embargo, en el siglo pasado, cuatro herederos sucesivos tuvieron una disposición disoluta y derrochadora, y la ruina de la familia fue finalmente completada por un jugador en los días de la Regencia. No quedó nada más que unos pocos acres de tierra y la casa bicentenaria, que está aplastada por una pesada hipoteca. El último terrateniente arrastró su existencia allí, viviendo la horrible vida de un indigente aristocrático; pero su único hijo, mi padrastro, viendo que debía adaptarse a las nuevas condiciones, obtuvo un adelanto de un pariente, que le permitió obtener un título de médico y se fue a Calcuta, donde, por su habilidad profesional y su fuerza de carácter, estableció una gran práctica. Sin embargo, en un ataque de ira provocado por algunos robos que se habían perpetrado en la casa, mató a golpes a su mayordomo nativo y se libró por poco de una condena a la pena capital. Así las cosas, sufrió una larga condena en prisión y después regresó a Inglaterra como un hombre malhumorado y decepcionado".

"Cuando el Dr. Roylott estaba en la India se casó con mi madre, la Sra. Stoner, la joven viuda del Mayor General Stoner, de la Artillería de Bengala. Mi hermana Julia y yo éramos gemelas y sólo teníamos dos años cuando mi madre se volvió a casar. Ella disponía de una considerable suma de dinero -no menos de 1.000 libras esterlinas al año- y la legó íntegramente al

doctor Roylott mientras residíamos con él, con la condición de que se nos concediera una determinada suma anual a cada una en caso de que nos casáramos. Poco después de nuestro regreso a Inglaterra, mi madre falleció; murió hace ocho años en un accidente ferroviario cerca de Crewe. El doctor Roylott abandonó entonces sus intentos de establecerse en la práctica en Londres y nos llevó a vivir con él en la vieja casa solariega de Stoke Moran. El dinero que mi madre había dejado era suficiente para todas nuestras necesidades, y no parecía haber ningún obstáculo para nuestra felicidad”.

"Pero un terrible cambio se produjo en nuestro padrastro por aquel entonces. En lugar de hacer amigos e intercambiar visitas con nuestros vecinos, que al principio se habían alegrado mucho de ver a un Roylott de Stoke Moran de vuelta en el antiguo asiento de la familia, se encerró en su casa y rara vez salía, salvo para entregarse a feroces peleas con quienquiera que se cruzara en su camino. La violencia de temperamento cercana a la manía ha sido hereditaria en los hombres de la familia, y en el caso de mi padrastro se había intensificado, creo, por su larga residencia en los trópicos. Se produjeron una serie de vergonzosas peleas, dos de las cuales terminaron en el juzgado de policía, hasta que al final se convirtió en el terror del pueblo, y la gente volaba al acercarse a él, porque es un hombre de inmensa fuerza, y absolutamente incontrolable en su ira”.

"La semana pasada arrojó al herrero local por encima de un parapeto a un arroyo, y sólo gracias al pago de todo el dinero que pude reunir pude evitar otra denuncia pública. No tenía más amigos que los gitanos errantes, a los que dejaba acampar en los pocos acres de tierra cubierta de zarzas que representaban la finca familiar, y aceptaba a cambio la hospitalidad de sus tiendas, vagando con ellos a veces durante semanas. También le apasionan los animales indios, que le envía un corresponsal, y en este momento tiene un guepardo y un babuino, que vagan libremente por sus terrenos y son temidos por los aldeanos casi tanto como su amo."

"Por lo que digo, pueden imaginarse que mi pobre hermana Julia y yo no tuvimos grandes placeres en nuestras vidas. Ningún sirviente se quedaba con nosotros, y durante mucho tiempo hicimos todo el trabajo de la casa. Ella no tenía más que treinta años en el momento de su muerte, y sin embargo su pelo ya había empezado a blanquear, como el mío".

"¿Su hermana está muerta, entonces?"

"Murió hace apenas dos años, y es de su muerte de lo que quiero hablarte. Comprenderá que, viviendo la vida que le he descrito, era poco probable que viéramos a alguien de nuestra edad y posición. Sin embargo, teníamos una tía, la hermana de soltera de mi madre, la señorita Honoria Westphail, que vive cerca de Harrow, y de vez en cuando se nos permitía hacer breves visitas a la casa de esta señora. Julia fue allí en Navidad, hace dos años, y conoció a un mayor de marines con media paga, con el que se comprometió. Mi padrastro se enteró del compromiso cuando mi hermana regresó y no puso ninguna objeción al matrimonio; pero a los quince días de la fecha fijada para la boda se produjo el terrible suceso que me ha privado de mi única compañera."

Sherlock Holmes había estado recostado en su silla con los ojos cerrados y la cabeza hundida en un cojín, pero ahora entreabrió los párpados y miró a su visitante.

"Le ruego que sea precisa en cuanto a los detalles", dijo.

"Es fácil para mí serlo, ya que todos los acontecimientos de aquella espantosa época están grabados en mi memoria. La casa solariega es, como ya he dicho, muy antigua, y sólo un ala está ahora habitada. Las habitaciones de esta ala se encuentran en la planta baja, mientras que los salones están en el bloque central de los edificios. De estos dormitorios, el primero es el del doctor Roylott, el segundo el de mi hermana y el tercero el mío. No hay comunicación entre ellos, pero todos dan al mismo pasillo. ¿Me explico bien?"

"Perfectamente".

"Las ventanas de las tres habitaciones dan al césped. Aquella fatídica noche el doctor Roylott se había ido temprano a su habitación, aunque sabíamos que no se había retirado a descansar, porque a mi hermana le molestaba el olor de los fuertes cigarrillos indios que tenía por costumbre fumar. Por lo tanto, salió de su habitación y entró en la mía, donde se sentó durante algún tiempo, charlando sobre su próxima boda. A las once se levantó para dejarme, pero se detuvo en la puerta y miró hacia atrás."

"Dime, Helen, ¿has oído alguna vez a alguien silbar en plena noche?"

"Nunca", dije.

"Supongo que tú misma no podrías silbar mientras duermes".

" 'Ciertamente no. Pero, ¿por qué?'"

" Porque durante las últimas noches siempre he escuchado, alrededor de las tres de la mañana, un silbido bajo y claro. Tengo un sueño ligero y me ha despertado. No puedo decir de dónde viene, tal vez de la habitación de al lado, tal vez del césped. Pensé en preguntarle si lo había oído".

"No, no lo he oído. Deben ser esos miserables gitanos de la plantación".

"Muy probablemente. Y, sin embargo, si fue en el césped, me pregunto si no lo oíste también".

" 'Ah, pero yo duermo más que tú'."

" 'Bueno, no tiene mayor importancia, en todo caso.' Me devolvió la sonrisa, cerró la puerta y unos instantes después oí cómo giraba su llave en la cerradura."

" En efecto", dijo Holmes. "¿Tenían siempre la costumbre de encerrarse por la noche?"

"Siempre".

"¿Y por qué?"

"Creo que le mencioné que el doctor tenía un guepardo y un babuino. No teníamos sensación de seguridad si no teníamos las puertas cerradas".

"Así es. Por favor, continúe con su declaración".

"No pude dormir esa noche. Una vaga sensación de desgracia inminente me impresionó. Mi hermana y yo, como recordará, éramos gemelas, y ya sabe lo sutiles que son los lazos que unen a dos almas tan estrechamente relacionadas. Era una noche salvaje. El viento aullaba fuera y la lluvia golpeaba y salpicaba las ventanas. De repente, en medio del alboroto del vendaval, estalló el grito salvaje de una mujer aterrorizada. Supe que era la voz de mi hermana. Salté de la cama, me envolví con un chal y salí corriendo al pasillo. Al abrir la puerta, me pareció oír un silbido bajo, como el descrito por mi hermana, y unos instantes después un ruido metálico, como si se hubiera caído una masa de metal. Mientras corría por el pasillo, la puerta de mi hermana estaba abierta y giraba lentamente sobre sus goznes. La miré con horror, sin saber lo que iba a salir de ella. A la luz de la lámpara del pasillo, vi a mi hermana aparecer en la puerta, con el rostro pálido de terror,

las manos buscando ayuda a tientas y toda su figura balanceándose de un lado a otro como la de un borracho. Corrí hacia ella y la abracé, pero en ese momento sus rodillas parecieron ceder y cayó al suelo. Se retorció como quien sufre un terrible dolor, y sus miembros estaban terriblemente convulsionados. Al principio pensé que no me había reconocido, pero cuando me incliné sobre ella, gritó de repente con una voz que nunca olvidaré: "¡Oh, Dios mío! ¡Helen! ¡Era la banda! La banda moteada". Hubo algo más que le hubiera gustado decir, y apuntó con el dedo al aire en dirección a la habitación del médico, pero una nueva convulsión se apoderó de ella y ahogó sus palabras. Salí corriendo, llamando en voz alta a mi padrastro, y me lo encontré saliendo a toda prisa de su habitación en bata. Cuando llegó al lado de mi hermana, ésta estaba inconsciente, y aunque le echó brandy en la garganta y mandó pedir ayuda médica al pueblo, todos los esfuerzos fueron inútiles, pues se hundió lentamente y murió sin haber recuperado la conciencia. Tal fue el espantoso final de mi querida hermana".

"Un momento", dijo Holmes, "¿está usted segura de este silbido y sonido metálico? ¿Podría jurarlo?"

"Eso fue lo que me preguntó el forense del condado en la investigación. Tengo la firme impresión de que lo oí, y sin embargo, entre el estruendo del vendaval y el crujido de una casa vieja, es posible que me hayan engañado."

"¿Estaba su hermana vestida?"

"No, estaba en camisón. En su mano derecha se encontró el trozo carbonizado de una cerilla, y en la izquierda una caja de cerillas".

"Lo que demuestra que había encendido una luz y mirado a su alrededor cuando se produjo la alarma. Eso es importante. ¿Y a qué conclusiones llegó el forense?"

"Investigó el caso con mucho cuidado, ya que la conducta del Dr. Roylott era notoria en el condado desde hacía tiempo, pero no pudo encontrar ninguna causa convincente de la muerte. Mis pruebas demostraron que la puerta había sido cerrada por el lado interior, y que las ventanas estaban bloqueadas por postigos anticuados con anchas barras de hierro, que se aseguraban todas las noches. Las paredes fueron cuidadosamente sondeadas, y se demostró que eran bastante sólidas en su totalidad, y el suelo también fue examinado a fondo, con el mismo resultado. La chimenea es ancha, pero

está enrejada por cuatro grandes grapas. Por lo tanto, es seguro que mi hermana estaba completamente sola cuando encontró su fin. Además, no había marcas de violencia en ella".

"¿Y el veneno?"

"Los médicos la examinaron en busca de él, pero sin éxito".

"¿De qué cree usted que murió esta desafortunada dama, entonces?"

"Creo que murió de puro miedo y shock nervioso, aunque no puedo imaginar qué fue lo que la asustó".

"¿Había gitanos en la plantación en ese momento?"

"Sí, casi siempre hay algunos allí".

"Ah, ¿y qué dedujo de esa alusión a una banda, una banda moteada?"

"A veces he pensado que no era más que la charla salvaje del delirio, a veces que puede haberse referido a alguna banda de personas, tal vez a estos mismos gitanos de la plantación. No sé si los pañuelos manchados que tantos de ellos llevan sobre la cabeza podrían haber sugerido el extraño adjetivo que utilizó."

Holmes sacudió la cabeza como un hombre que está lejos de sentirse satisfecho.

"Estas son aguas muy profundas", dijo; "le ruego que continúe con su relato".

"Han pasado dos años desde entonces, y mi vida ha sido hasta hace poco más solitaria que nunca. Hace un mes, sin embargo, un querido amigo, al que conozco desde hace muchos años, me ha hecho el honor de pedir mi mano en matrimonio. Su nombre es Armitage-Percy Armitage-el segundo hijo del señor Armitage, de Crane Water, cerca de Reading. Mi padrastro no se ha opuesto a la boda, y nos casaremos en el transcurso de la primavera. Hace dos días se iniciaron unas reparaciones en el ala oeste del edificio, y la pared de mi dormitorio ha sido perforada, de modo que he tenido que trasladarme a la habitación en la que murió mi hermana, y dormir en la misma cama en la que ella dormía. Imagínese, pues, el terror que sentí cuando anoche, mientras estaba despierta, pensando en su terrible destino, oí de repente, en el silencio de la noche, el bajo silbido que había sido el heraldo de su

propia muerte. Me levanté de golpe y encendí la lámpara, pero no se veía nada en la habitación. Sin embargo, estaba demasiado agitada para volver a la cama, así que me vestí y, en cuanto se hizo de día, bajé, cogí un carro de perro en la posada Crown, que está enfrente, y me dirigí a Leatherhead, desde donde he venido esta mañana con el único objetivo de verle y pedirle consejo."

"Has hecho bien", dijo mi amigo. "Pero, ¿me lo has contado todo?"

"Sí, todo".

"Señorita Roylott, no lo ha hecho. Está protegiendo a su padrastro".

"¿Por qué, qué quiere decir?"

Como respuesta, Holmes apartó el volante de encaje negro que bordeaba la mano que yacía sobre la rodilla de nuestra visitante. Cinco pequeñas manchas lívidas, las marcas de cuatro dedos y un pulgar, estaban impresas en la blanca muñeca.

"Ha sido usted cruelmente utilizada", dijo Holmes.

La dama se coloreó profundamente y se cubrió la muñeca herida. "Es un hombre duro", dijo, "y quizá apenas conozca su propia fuerza".

Hubo un largo silencio, durante el cual Holmes apoyó la barbilla en las manos y miró fijamente el fuego crepitante.

"Este es un asunto muy profundo", dijo al fin. "Hay miles de detalles que desearía conocer antes de decidir nuestro curso de acción. Sin embargo, no tenemos un momento que perder. Si fuéramos a Stoke Moran hoy, ¿sería posible que viéramos estas habitaciones sin que lo supiera tu padrastro?"

"Resulta que ha hablado de venir hoy a la ciudad por un asunto muy importante. Es probable que esté fuera todo el día, y que no haya nada que te moleste. Ahora tenemos un ama de llaves, pero es vieja y tonta, y podría quitarla de en medio fácilmente."

"Excelente. ¿No tienes aversión a este viaje, Watson?"

"De ninguna manera".

"Entonces iremos los dos. ¿Qué vas a hacer tú?"

"Tengo una o dos cosas que me gustaría hacer ahora que estoy en la ciudad. Pero volveré en el tren de las doce, para llegar a tiempo a tu llegada".

"Y puede esperarnos a primera hora de la tarde. Yo mismo tengo algunos pequeños asuntos que atender. ¿No quieres esperar y desayunar?"

"No, debo ir. Mi corazón ya está aliviado desde que te he confiado mis problemas. Estoy deseando volver a verte esta tarde". Dejó caer su grueso velo negro sobre su rostro y se deslizó fuera de la habitación.

"¿Y qué piensa usted de todo esto, Watson?", preguntó Sherlock Holmes, recostándose en su silla.

"Me parece un asunto de lo más oscuro y siniestro".

"Bastante oscuro y siniestro".

"Sin embargo, si la señora tiene razón al decir que el suelo y las paredes son sólidos, y que la puerta, la ventana y la chimenea son infranqueables, entonces su hermana debía de estar indudablemente sola cuando encontró su misterioso final."

"¿Qué es, entonces, de estos silbidos nocturnos, y qué de las palabras tan peculiares de la moribunda?"

"No puedo pensar".

"Cuando se combinan las ideas de los silbidos nocturnos, la presencia de una banda de gitanos que están en términos íntimos con este viejo doctor, el hecho de que tenemos todas las razones para creer que el doctor tiene un interés en impedir el matrimonio de su hijastra, la alusión de la moribunda a una banda y, finalmente, el hecho de que la señorita Helen Stoner escuchó un estruendo metálico, que podría haber sido causado por una de esas barras de metal que aseguraban las persianas cayendo en su lugar, creo que hay buenas razones para pensar que el misterio puede ser aclarado a lo largo de esas líneas."

"¿Pero qué hicieron entonces los gitanos?"

"No puedo imaginarlo".

"Veo muchas objeciones a cualquier teoría de este tipo".

"Y yo también. Es precisamente por esa razón que vamos a Stoke Moran este día. Quiero ver si las objeciones son fatales, o si pueden ser explicadas. Pero, ¡en nombre del diablo!"

La exclamación había sido arrancada a mi acompañante por el hecho de que nuestra puerta se había abierto de golpe, y que un hombre enorme se había enmarcado en la abertura. Su atuendo era una peculiar mezcla de lo profesional y lo agrícola, con un sombrero negro de copa, un largo guardapolvo y un par de polainas altas, con una cosecha de caza balanceándose en la mano. Era tan alto que su sombrero rozaba el travesaño de la puerta, y su anchura parecía abarcarla de lado a lado. Un gran rostro, abrasado por mil arrugas, quemado por el sol y marcado por todas las pasiones malignas, se volvía de uno a otro de nosotros, mientras que sus ojos profundos y llenos de bilis, y su nariz alta, delgada y sin carne, le daban un cierto parecido con una vieja y feroz ave de rapiña.

"¿Quién de ustedes es Holmes?", preguntó esta aparición.

"Mi nombre, señor; pero usted me lleva ventaja", dijo mi compañero en voz baja.

"Soy el doctor Grimesby Roylott, de Stoke Moran".

"Efectivamente, doctor", dijo Holmes con suavidad. "Le ruego que tome asiento".

"No haré nada de eso. Mi hijastra ha estado aquí. La he localizado. ¿Qué le ha dicho?"

"Hace un poco de frío para la época del año", dijo Holmes.

"¿Qué le ha estado diciendo?", gritó furioso el anciano.

"Pero he oído que los azafranes prometen bien", continuó mi compañero imperturbablemente.

"¡Ja! Me has tomado el pelo, ¿verdad?", dijo nuestro nuevo visitante, dando un paso adelante y sacudiendo su cosecha de caza. "¡Te conozco, sin vergüenza! He oído hablar de ti antes. Eres Holmes, el entrometido".

Mi amigo sonrió.

"¡Holmes, el entrometido!"

Su sonrisa se amplió.

"¡Holmes, el chismoso de Scotland Yard!"

Holmes se rió con ganas. "Su conversación es muy entretenida", dijo. "Cuando salga, cierre la puerta, porque hay una fuerte corriente de aire".

"Me iré cuando haya dicho lo que tengo que decir. No te atrevas a meterme en mis asuntos. Sé que la señorita Stoner ha estado aquí. ¡La he rastreado! ¡Soy un hombre peligroso para caer en la trampa! Mira aquí". Se adelantó rápidamente, cogió el atizador y lo curvó con sus enormes manos marrones.

"Procura mantenerte fuera de mi alcance", gruñó, y arrojando el atizador retorcido a la chimenea, salió a grandes zancadas de la habitación.

"Parece una persona muy amable -dijo Holmes, riendo-. "Yo no soy tan voluminoso, pero si se hubiera quedado podría haberle demostrado que mi agarre no era mucho más débil que el suyo". Mientras hablaba, recogió el atizador de acero y, con un súbito esfuerzo, volvió a enderezarlo.

"¡Imagínese que tiene la insolencia de confundirme con el cuerpo oficial de detectives! Sin embargo, este incidente anima nuestra investigación, y sólo confío en que nuestra pequeña amiga no sufra por su imprudencia al permitir que este bruto la siga. Y ahora, Watson, pediremos el desayuno, y después bajaré a Doctors' Commons, donde espero obtener algunos datos que puedan ayudarnos en este asunto."

Era casi la una cuando Sherlock Holmes regresó de su excursión. Llevaba en la mano una hoja de papel azul, garabateada con notas y cifras.

"He visto el testamento de la difunta esposa", dijo. "Para determinar su significado exacto me he visto obligado a calcular los precios actuales de las inversiones a las que se refiere. Los ingresos totales, que en el momento de la muerte de la esposa eran poco menos de 1.100 libras esterlinas, ahora, debido a la caída de los precios agrícolas, no superan las 750 libras esterlinas. Cada hija puede reclamar una renta de 250 libras, en caso de matrimonio. Es evidente, por tanto, que si las dos hijas se hubieran casado, esta belleza habría tenido una mera miseria, mientras que incluso una de ellas lo dejaría inválido en una medida muy grave. Mi trabajo de la mañana no ha sido en vano, ya que ha demostrado que tiene los motivos más fuertes para obstaculizar cualquier asunto de este tipo. Y ahora, Watson, esto es dema-

siado serio para perder el tiempo, sobre todo porque el viejo sabe que nos estamos interesando en sus asuntos; así que si está usted preparado, llamaremos a un taxi y nos dirigiremos a Waterloo. Le agradecería mucho que metiera su revólver en el bolsillo. Un Eley's N° 2 es un excelente argumento con los caballeros que pueden hacer nudos con los atizadores de acero. Eso y un cepillo de dientes son, creo, todo lo que necesitamos".

En Waterloo tuvimos la suerte de coger un tren para Leatherhead, donde alquilamos un coche en la posada de la estación y condujimos durante cuatro o cinco millas a través de los encantadores senderos de Surrey. Era un día perfecto, con un sol radiante y unas pocas nubes vellosas en el cielo. Los árboles y los setos de los caminos estaban echando sus primeros brotes verdes, y el aire estaba lleno del agradable olor de la tierra húmeda. Para mí, al menos, había un extraño contraste entre la dulce promesa de la primavera y esta siniestra búsqueda en la que nos encontrábamos. Mi compañero estaba sentado en la parte delantera de la trampa, con los brazos cruzados, el sombrero bajado sobre los ojos y la barbilla hundida en el pecho, sumido en los más profundos pensamientos. De repente, sin embargo, se puso en marcha, me dio una palmada en el hombro y señaló los prados.

"¡Mira allí!", dijo.

Un parque muy arbolado se extendía en una suave pendiente, convirtiéndose en una arboleda en el punto más alto. De entre las ramas sobresalían los frontones grises y el alto tejado de una mansión muy antigua.

"¿Stoke Moran?", dijo.

"Sí, señor, es la casa del doctor Grimesby Roylott", comentó el conductor.

"Allí se está construyendo", dijo Holmes; "allí es donde vamos".

"Ahí está el pueblo", dijo el conductor, señalando un grupo de tejados a cierta distancia a la izquierda; "pero si quiere llegar a la casa, le resultará más corto pasar por este umbral, y así por el sendero sobre los campos. Ahí está, donde la señora está caminando".

"Y la dama, me imagino, es la señorita Stoner", observó Holmes, sombreando sus ojos. "Sí, creo que será mejor que hagamos lo que usted sugiere".

Nos bajamos, pagamos el billete, y el vehículo volvió a traquetear en su camino hacia Leatherhead.

"Pensé que era mejor", dijo Holmes mientras subíamos el umbral, "que este tipo pensara que habíamos venido aquí como arquitectos o por algún asunto concreto. Puede que eso detenga sus cotilleos. Buenas tardes, señorita Stoner. Ya ve que hemos sido fieles a nuestra palabra".

Nuestra clienta de la mañana se había apresurado a recibirnos con una cara que hablaba de su alegría. "Los he estado esperando con ansias", gritó, estrechando la mano con nosotros calurosamente. "Todo ha resultado espléndido. El Dr. Royslott se ha ido a la ciudad, y es poco probable que vuelva antes de la noche".

"Hemos tenido el placer de conocer al doctor", dijo Holmes, y en pocas palabras esbozó lo ocurrido. La señorita Stoner se puso blanca hasta los labios mientras escuchaba.

"¡Cielos!", exclamó, "entonces me ha seguido".

"Eso parece".

"Es tan astuto que nunca sé cuándo estoy a salvo de él. ¿Qué dirá cuando vuelva?"

"Debe cuidarse, porque puede descubrir que hay alguien más astuto que él tras su pista. Debes encerrarte en él esta noche. Si es violento, te llevaremos a casa de tu tía en Harrow. Ahora, debemos aprovechar al máximo nuestro tiempo, así que tenga la amabilidad de llevarnos de inmediato a las habitaciones que vamos a examinar".

El edificio era de piedra gris, manchada de líquenes, con una parte central alta y dos alas curvadas, como las pinzas de un cangrejo, dispuestas a cada lado. En una de estas alas las ventanas estaban rotas y bloqueadas con tablas de madera, mientras que el tejado estaba parcialmente hundido, una imagen de ruina. La parte central estaba un poco mejor reparada, pero el bloque de la derecha era comparativamente moderno, y las persianas de las ventanas, con el humo azul que salía de las chimeneas, mostraban que allí residía la familia. Se habían levantado algunos andamios contra la pared del fondo, y la mampostería había sido forzada, pero en el momento de nuestra visita no había señales de ningún obrero. Holmes paseó lentamente por el

césped mal recortado y examinó con gran atención el exterior de las ventanas.

"¿Esto, supongo, pertenece a la habitación en la que usted solía dormir, la del centro a la de su hermana, y la que está junto al edificio principal a la cámara del doctor Roylott?"

"Exactamente. Pero ahora duermo en la del medio".

"A la espera de las reformas, según tengo entendido. Por cierto, no parece haber ninguna necesidad muy apremiante de reparaciones en esa pared del fondo."

"No había ninguna. Creo que fue una excusa para trasladarme de habitación".

"¡Ah! eso es sugerente. Ahora, al otro lado de esta estrecha ala se encuentra el pasillo desde el que se abren estas tres habitaciones. ¿Hay ventanas en él, por supuesto?"

"Sí, pero muy pequeñas. Demasiado estrechas para que alguien pueda pasar por ellas".

"Como ambos cerraban sus puertas por la noche, sus habitaciones eran inaccesibles desde ese lado. Ahora, ¿tendría usted la amabilidad de entrar en su habitación y cerrar sus persianas?"

La señorita Stoner así lo hizo, y Holmes, tras un cuidadoso examen a través de la ventana abierta, se esforzó por todos los medios en forzar la persiana, pero sin éxito. No había ninguna rendija por la que se pudiera pasar un cuchillo para levantar la barra. Luego, con su lente, probó las bisagras, pero eran de hierro macizo, firmemente incorporadas a la maciza mampostería. "Hum", dijo, rascándose la barbilla con cierta perplejidad, "mi teoría presenta ciertamente algunas dificultades. Nadie podría traspasar estos postigos si estuvieran atornillados. Bueno, veremos si el interior arroja alguna luz sobre el asunto".

Una pequeña puerta lateral conducía al pasillo encalado desde el que se abrían los tres dormitorios. Holmes se negó a examinar la tercera habitación, por lo que pasamos de inmediato a la segunda, aquella en la que dormía ahora la señorita Stoner y en la que su hermana había corrido su suerte. Era una habitación pequeña y acogedora, con un techo bajo y una chimenea

abierta, al estilo de las antiguas casas de campo. En una esquina había una cómoda de color marrón, en otra una estrecha cama con revestimiento blanco y un tocador a la izquierda de la ventana. Estos artículos, junto con dos pequeñas sillas de mimbre, constituían todo el mobiliario de la habitación, salvo un cuadrado de alfombra Wilton en el centro. Los tableros de alrededor y los paneles de las paredes eran de roble marrón, carcomido por los gusanos, tan viejo y descolorido que podría datar de la construcción original de la casa. Holmes arrimó una de las sillas a un rincón y se sentó en silencio, mientras sus ojos viajaban de un lado a otro y de arriba abajo, observando cada detalle del apartamento.

"¿Dónde se comunica esa campana?", preguntó al fin, señalando una gruesa cuerda de campana que colgaba al lado de la cama, con la borla sobre la almohada.

"Va a la habitación del ama de llaves".

"¿Parece más nueva que las otras cosas?"

"Sí, lo pusieron allí hace sólo un par de años".

"¿Supongo que su hermana lo pidió?"

"No, nunca oí que lo usara. Solíamos conseguir siempre lo que queríamos para nosotras".

"En efecto, parecía innecesario poner allí un tirador de campana tan bonito. Me disculparé por unos minutos mientras me aseguro de este piso". Se echó de bruce con la lente en la mano y se arrastró rápidamente hacia delante y hacia atrás, examinando minuciosamente las grietas entre las tablas. Luego hizo lo mismo con la carpintería con la que estaba revestida la cámara. Por último, se acercó a la cama y pasó un rato mirándola y recorriendo la pared con la mirada. Finalmente, tomó la cuerda de la campana en la mano y le dio un fuerte tirón.

"Vaya, es un engaño", dijo.

"¿No sonará?"

"No, ni siquiera está atado a un cable. Esto es muy interesante. Puedes ver ahora que está sujeto a un gancho justo encima de donde está la pequeña abertura para el ventilador".

"¡Qué absurdo! Nunca me había fijado en eso".

"¡Muy extraño!", murmuró Holmes, tirando de la cuerda. "Hay uno o dos puntos muy singulares en esta habitación. Por ejemplo, ¿qué tonto debe ser un constructor para abrir un respiradero en otra habitación, cuando, con el mismo esfuerzo, podría haberse comunicado con el aire exterior!"

"Eso también es bastante moderno", dijo la señora.

"¿Hecho más o menos al mismo tiempo que la campana?", comentó Holmes.

"Sí, hubo varios pequeños cambios realizados por esa época".

"Parece que fueron de lo más interesante: cuerdas de campana falsas y ventiladores que no ventilan. Con su permiso, señorita Stoner, llevaremos ahora nuestras investigaciones al apartamento interior".

La habitación del doctor Grimesby Roylott era más grande que la de su hijastra, pero estaba igual de amueblada. Una cama de campaña, una pequeña estantería de madera llena de libros, en su mayoría de carácter técnico, un sillón junto a la cama, una sencilla silla de madera contra la pared, una mesa redonda y una gran caja fuerte de hierro eran las principales cosas que saltaban a la vista. Holmes caminó lentamente a su alrededor y examinó todos y cada uno de ellos con el más vivo interés.

"¿Qué hay aquí?", preguntó, golpeando la caja fuerte.

"Los papeles de los negocios de mi padrastro".

"¡Oh! ¿has visto el interior, entonces?"

"Sólo una vez, hace algunos años. Recuerdo que estaba llena de papeles".

"¿No hay un gato en ella, por ejemplo?"

"No. ¡Qué idea tan extraña!"

"¡Pues mira esto!" Cogió un pequeño platillo de leche que estaba encima.

"No; no tenemos ningún gato. Pero hay un guepardo y un babuino".

"¡Ah, sí, por supuesto! Bueno, un guepardo es un gato grande, y me atrevo a decir que un plato de leche no es suficiente para satisfacer sus necesidades. Hay un punto que me gustaría determinar". Se puso en cuclillas fren-

te a la silla de madera y examinó el asiento de la misma con la mayor atención.

"Gracias. Eso es todo", dijo, levantándose y guardando su lente en el bolsillo. "¡Hola! Aquí hay algo interesante".

El objeto que le había llamado la atención era un pequeño lazo de perro colgado en una esquina de la cama. El lazo, sin embargo, estaba enroscado sobre sí mismo y atado de manera que formaba un lazo de cuerda de látigo.

"¿Qué piensas de eso, Watson?"

"Es un lazo bastante común. Pero no sé por qué debería estar atado".

"Eso no es tan común, ¿verdad? ¡Ah, yo! es un mundo malvado, y cuando un hombre inteligente convierte su cerebro en un crimen es lo peor de todo. Creo que ya he visto suficiente, señorita Stoner, y con su permiso saldremos al césped".

Nunca había visto el rostro de mi amigo tan sombrío ni su frente tan oscura como cuando nos alejamos de la escena de esta investigación. Habíamos caminado varias veces por el césped, sin que a la señorita Stoner ni a mí nos gustara irrumpir en sus pensamientos antes de que saliera de su ensueño.

"Es muy importante, señorita Stoner", dijo, "que siga absolutamente mi consejo en todos los aspectos".

"Ciertamente lo haré".

"El asunto es demasiado serio como para dudar. Su vida puede depender de su cumplimiento".

"Le aseguro que estoy en sus manos".

"En primer lugar, tanto mi amigo como yo debemos pasar la noche en su habitación".

Tanto la señorita Stoner como yo le miramos con asombro.

"Sí, debe ser así. Déjeme explicarle. Creo que esa es la posada del pueblo que está allí".

"Sí, es el Crown".

"Muy bien. ¿Sus ventanas serían visibles desde allí?"

"Ciertamente."

"Debes recluirte en tu habitación, fingiendo un dolor de cabeza, cuando tu padraastro regrese. Entonces, cuando le oigas retirarse por la noche, deberás abrir los postigos de tu ventana, deshacer el cerrojo, poner tu lámpara allí como señal para nosotros, y luego retirarte tranquilamente con todo lo que puedas necesitar a la habitación que solías ocupar. No tengo duda de que, a pesar de las reparaciones, podría arreglárselas allí durante una noche".

"Oh, sí, fácilmente".

"El resto lo dejaré en nuestras manos".

"¿Pero qué harán?"

"Pasaremos la noche en su habitación, e investigaremos la causa de este ruido que le ha molestado".

"Creo, señor Holmes, que ya se ha hecho una idea", dijo la señorita Stoner, poniendo su mano sobre la manga de mi compañero.

"Tal vez lo haya hecho".

"Entonces, por piedad, dígame cuál fue la causa de la muerte de mi hermana".

"Preferiría tener pruebas más claras antes de hablar".

"Al menos puede decirme si mi propio pensamiento es correcto, y si ella murió de algún susto repentino".

"No, no lo creo. Creo que probablemente hubo alguna causa más tangible. Y ahora, Srta. Stoner, debemos dejarla, pues si el Dr. Roylott regresara y nos viera, nuestro viaje sería en vano. Adiós, y sea valiente, pues si hace lo que le he dicho, puede estar segura de que pronto alejaremos los peligros que la amenazan."

Sherlock Holmes y yo no tuvimos ninguna dificultad para conseguir una habitación y una sala de estar en la Posada de la Corona. Estaban en el piso superior, y desde nuestra ventana podíamos contemplar la puerta de la avenida y el ala habitada de Stoke Moran Manor House. Al anochecer vimos pasar en coche al doctor Grimesby Roylott, cuya enorme figura se alzaba junto a la del muchacho que lo conducía. El muchacho tuvo alguna ligera

dificultad para abrir las pesadas puertas de hierro, y oímos el ronco rugido de la voz del doctor y vimos la furia con la que agitaba sus puños cerrados hacia él. La trampa siguió su curso, y unos minutos más tarde vimos surgir una luz repentina entre los árboles al encender la lámpara en uno de los salones.

"Sabe usted, Watson -dijo Holmes mientras nos sentábamos juntos en la oscuridad creciente-, que tengo realmente algunos escrúpulos en cuanto a llevarle esta noche. Hay un claro elemento de peligro".

"¿Puedo ser de ayuda?"

"Su presencia podría ser inestimable".

"Entonces ciertamente iré".

"Es muy amable de su parte."

"Usted habla de peligro. Evidentemente ha visto más en estas habitaciones de lo que yo pude ver".

"No, pero me imagino que puedo haber deducido un poco más. Me imagino que usted vio todo lo que yo vi".

"No vi nada notable, excepto la cuerda de la campana, y confieso que no puedo imaginar qué propósito podría tener".

"¿También vio el respiradero?"

"Sí, pero no creo que sea algo tan inusual tener una pequeña abertura entre dos habitaciones. Era tan pequeña que apenas podría pasar una rata".

"Sabía que encontraríamos un respiradero antes de llegar a Stoke Moran".

"¡Mi querido Holmes!"

"Oh, sí, lo sabía. Recuerda que en su declaración dijo que su hermana podía oler el cigarro del Dr. Roylott. Ahora, por supuesto, eso sugirió de inmediato que debía haber una comunicación entre las dos habitaciones. Sólo podía ser una pequeña, o habría sido señalada en la investigación del forense. Deduje un respiradero".

"¿Pero qué daño puede haber en eso?"

"Bueno, hay al menos una curiosa coincidencia de fechas. Se hace un respirador, se cuelga una cuerda, y muere una señora que duerme en la cama. ¿No le llama la atención?"

"Todavía no puedo ver ninguna conexión".

"¿Observó algo muy peculiar en esa cama?"

"No."

"Estaba sujeta al suelo. ¿Había visto alguna vez una cama sujeta así?"

"No puedo decir que la haya visto."

"La señora no podía mover su cama. Debía estar siempre en la misma posición relativa con respecto al ventilador y a la cuerda, o así podemos llamarla, ya que está claro que nunca estuvo pensada para tirar de la campana."

"Holmes", grité, "me parece que veo vagamente lo que está insinuando. Llegamos justo a tiempo para evitar un crimen sutil y horrible".

"Bastante sutil y horrible. Cuando un médico se equivoca es el primero de los criminales. Tiene valor y conocimiento. Palmer y Pritchard estaban entre las cabezas de su profesión. Este hombre golpea aún más profundo, pero creo, Watson, que seremos capaces de golpear aún más profundamente. Pero ya tendremos bastantes horrores antes de que acabe la noche; por el amor de Dios, tomemos una pipa tranquila y centremos nuestra mente durante unas horas en algo más alegre."

Alrededor de las nueve, la luz entre los árboles se extinguió, y todo estaba oscuro en dirección a la mansión. Pasaron lentamente dos horas, y luego, de repente, justo al sonar las once, una única luz brillante brilló justo delante de nosotros.

"Esa es nuestra señal", dijo Holmes, poniéndose en pie de un salto; "vienne de la ventana del medio".

Mientras salíamos, intercambió unas palabras con el propietario, explicándole que íbamos a hacer una visita tardía a un conocido, y que era posible que pasáramos la noche allí. Un momento después estábamos en la oscura carretera, con un viento helado soplando en nuestras caras, y una luz

amarilla parpadeando frente a nosotros a través de la oscuridad para guiarnos en nuestra sombría misión.

No fue difícil entrar en el recinto, ya que en el viejo muro del parque se abrían brechas que no habían sido reparadas. Abriéndonos paso entre los árboles, llegamos al césped, lo cruzamos y estábamos a punto de entrar por la ventana cuando de un grupo de arbustos de laurel salió lo que parecía ser un niño horrible y distorsionado, que se arrojó sobre la hierba con los miembros retorcidos y luego corrió rápidamente por el césped hacia la oscuridad.

"¡Dios mío!" susurré; "¿lo has visto?".

Holmes estaba por el momento tan sorprendido como yo. Su mano se cerró como un vicio sobre mi muñeca en su agitación. Luego soltó una carcajada y acercó sus labios a mi oído.

"Es una bonita casa", murmuró. "Ese es el babuino".

Había olvidado los extraños animales domésticos a los que el doctor tenía afecto. También había un guepardo; tal vez podríamos encontrarlo sobre nuestros hombros en cualquier momento. Confieso que me sentí más tranquilo cuando, tras seguir el ejemplo de Holmes y descalzarme, me encontré dentro del dormitorio. Mi compañero cerró las persianas sin hacer ruido, puso la lámpara sobre la mesa y recorrió la habitación con la mirada. Todo estaba como lo habíamos visto durante el día. Luego, acercándose sigilosamente a mí y haciendo una trompeta con su mano, volvió a susurrarme al oído tan suavemente que fue todo lo que pude hacer para distinguir las palabras:

"El menor ruido sería fatal para nuestros planes".

Asentí con la cabeza para mostrar que había escuchado.

"Debemos sentarnos sin luz. Él lo vería a través del respiradero".

Volví a asentir.

"No te duermas; tu propia vida puede depender de ello. Tenga su pistola lista por si la necesitamos. Me sentaré en el lado de la cama y tú en esa silla".

Saqué mi revólver y lo puse en la esquina de la mesa.

Holmes había traído un bastón largo y delgado, y lo colocó sobre la cama a su lado. Junto a él colocó la caja de cerillas y el tronco de una vela. Luego apagó la lámpara y nos quedamos a oscuras.

¿Cómo podré olvidar esa terrible vigilia? No podía oír ningún sonido, ni siquiera la respiración, y sin embargo sabía que mi compañero estaba sentado con los ojos abiertos, a pocos metros de mí, en el mismo estado de tensión nerviosa en el que yo me encontraba. Los postigos cortaban el menor rayo de luz, y esperábamos en la más absoluta oscuridad.

Desde el exterior llegaba el ocasional grito de un pájaro nocturno, y una vez, en nuestra misma ventana, un prolongado gemido felino que nos indicaba que el guepardo estaba realmente en libertad. A lo lejos se oían los profundos tonos del reloj de la parroquia, que resonaban cada cuarto de hora. ¡Qué largos parecían esos cuartos! Daban las doce, y la una, y las dos, y las tres, y seguíamos esperando en silencio lo que pudiera ocurrir.

De repente se oyó el brillo momentáneo de una luz en dirección al ventilador, que se desvaneció de inmediato, pero fue sucedido por un fuerte olor a aceite quemado y metal caliente. Alguien en la habitación contigua había encendido una linterna oculta. Oí un suave sonido de movimiento y luego todo volvió a quedar en silencio, aunque el olor se hizo más fuerte. Durante media hora estuve sentado con los oídos aguzados. Luego, de repente, se oyó otro sonido, un sonido muy suave y relajante, como el de un pequeño chorro de vapor que se escapa continuamente de una tetera. En el instante en que lo oímos, Holmes saltó de la cama, encendió una cerilla y golpeó furiosamente con su bastón el tirador de la campana.

"¿Lo ves, Watson?", gritó. "¿Lo ves?"

Pero yo no vi nada. En el momento en que Holmes encendió la luz, oí un silbido bajo y claro, pero el repentino resplandor que me llegó a los ojos cansados me impidió saber qué era lo que mi amigo golpeaba tan salvajemente. Sin embargo, pude ver que su rostro estaba mortalmente pálido y lleno de horror y aversión. Había dejado de golpear y miraba hacia el ventilador cuando de repente irrumpió en el silencio de la noche el grito más horrible que jamás haya escuchado. El grito se hizo cada vez más fuerte, un grito ronco de dolor, miedo e ira, todo mezclado en un solo grito espantoso. Dicen que en el pueblo, e incluso en la lejana casa parroquial, ese grito levantó a los durmientes de sus camas. Nos llegó al corazón, y me quedé mi-

rando a Holmes, y él a mí, hasta que los últimos ecos del grito se apagaron en el silencio del que surgió.

"¿Qué puede significar?" jadeé.

"Significa que todo ha terminado", respondió Holmes. "Y quizás, después de todo, sea lo mejor. Tome su pistola y entraremos en la habitación del doctor Roylott".

Con rostro grave, encendió la lámpara y se dirigió hacia el pasillo. Golpeó dos veces la puerta de la habitación sin obtener respuesta del interior. Luego giró el picaporte y entró, yo pisándole los talones, con la pistola amartillada en la mano.

Fue una visión singular la que se encontró con nuestros ojos. Sobre la mesa había una linterna oscura con la persiana entreabierta, que arrojaba un brillante haz de luz sobre la caja fuerte de hierro, cuya puerta estaba entreabierta. Junto a la mesa, en una silla de madera, estaba sentado el doctor Grimesby Roylott, vestido con una larga bata gris, con los tobillos desnudos y los pies metidos en unas zapatillas turcas sin tacón. En su regazo yacía la culata corta con el largo lazo que habíamos visto durante el día. Su barbilla estaba inclinada hacia arriba y sus ojos estaban fijos en una espantosa y rígida mirada hacia la esquina del techo. Alrededor de su frente tenía una peculiar banda amarilla, con motas marrones, que parecía estar atada fuertemente a su cabeza. Cuando entramos, no hizo ningún ruido ni movimiento.

"¡La banda! ¡La banda moteada!", susurró Holmes.

Di un paso adelante. En un instante, su extraño tocado comenzó a moverse, y de entre su pelo surgió la cabeza cuadrada en forma de diamante y el cuello hinchado de una repugnante serpiente.

"Es una víbora de los pantanos", gritó Holmes, "la serpiente más mortífera de la India. Ha muerto a los diez segundos de ser mordido. La violencia, en verdad, retrocede sobre los violentos, y el intrigante cae en la fosa que cava para otro. Empujemos a esta criatura de vuelta a su madriguera, y entonces podremos llevar a la señorita Stoner a algún lugar de refugio y hacer saber a la policía del condado lo que ha sucedido".

Mientras hablaba, sacó rápidamente el látigo de perro del regazo del muerto, y arrojando el lazo alrededor del cuello del reptil, lo sacó de su ho-

rrible posición y, llevándolo a un brazo de distancia, lo arrojó a la caja fuerte de hierro, que cerró sobre él.

Tales son los verdaderos hechos de la muerte del Dr. Grimesby Roylott, de Stoke Moran. No es necesario que prolongue una narración que ya se ha extendido demasiado contando cómo le dimos la triste noticia a la aterrorizada niña, cómo la llevamos en el tren de la mañana al cuidado de su buena tía en Harrow, cómo el lento proceso de investigación oficial llegó a la conclusión de que el doctor encontró su destino mientras jugaba indiscretamente con una peligrosa mascota. Lo poco que me quedaba por saber del caso me lo contó Sherlock Holmes mientras viajábamos de vuelta al día siguiente.

"Había llegado -dijo- a una conclusión totalmente errónea que demuestra, mi querido Watson, lo peligroso que es siempre razonar a partir de datos insuficientes. La presencia de los gitanos y el uso de la palabra "banda", que la pobre muchacha utilizó sin duda para explicar el aspecto que había vislumbrado apresuradamente a la luz de su fósforo, fueron suficientes para ponerme en una pista totalmente equivocada. Sólo puedo atribuirme el mérito de haber reconsiderado instantáneamente mi posición cuando, sin embargo, me quedó claro que cualquier peligro que amenazara al ocupante de la habitación no podía provenir ni de la ventana ni de la puerta. Mi atención se dirigió rápidamente, como ya le he comentado, a este respirador, y a la cuerda de campana que colgaba de la cama. El descubrimiento de que se trataba de un objeto falso, y de que la cama estaba sujeta al suelo, me hizo sospechar inmediatamente que la cuerda estaba allí como puente para que algo pasara por el agujero y llegara a la cama. La idea de una serpiente se me ocurrió al instante, y cuando la uní a mi conocimiento de que el doctor tenía un suministro de criaturas de la India, sentí que probablemente estaba en el camino correcto. La idea de utilizar una forma de veneno que no pudiera ser descubierta por ninguna prueba química era la que se le ocurriría a un hombre inteligente y despiadado que hubiera tenido una formación oriental. La rapidez con la que un veneno de este tipo haría efecto sería también, desde su punto de vista, una ventaja. En efecto, sería un forense de mirada aguda el que podría distinguir los dos pequeños pinchazos oscuros que mostrarían el lugar donde los colmillos del veneno habían hecho su trabajo. Entonces pensé en el silbato. Por supuesto que debía recordar a la serpiente antes de que la luz de la mañana la revelara a la víctima. La había en-

trenado, probablemente mediante el uso de la leche que vimos, para que volviera a él cuando la llamara. La hacía pasar por este ventilador a la hora que mejor le pareciera, con la certeza de que se arrastraría por la cuerda y se posaría en la cama. Podría morder o no a su ocupante, tal vez podría escapar cada noche durante una semana, pero tarde o temprano debía ser una víctima.

"Había llegado a estas conclusiones antes de entrar en su habitación. Una inspección de su silla me demostró que tenía la costumbre de ponerse de pie sobre ella, lo que, por supuesto, sería necesario para poder alcanzar el ventilador. La vista de la caja fuerte, el platillo de leche y el lazo del cordón de la fusta fueron suficientes para disipar finalmente cualquier duda que pudiera haber quedado. El estruendo metálico que escuchó la señorita Stoner fue obviamente causado por su padrastro al cerrar apresuradamente la puerta de su caja fuerte sobre su terrible ocupante. Una vez decidido, ya saben los pasos que di para poner el asunto a prueba. Oí el siseo de la criatura, como no dudo que tú también lo oíste, y al instante encendí la luz y la atacé."

"Con el resultado de conducirla a través del respiradero".

"Y también con el resultado de hacerla girar sobre su amo al otro lado. Algunos de los golpes de mi bastón llegaron a casa y despertaron su temperamento de serpiente, de modo que voló sobre la primera persona que vio. De este modo soy, sin duda, indirectamente responsable de la muerte del Dr. Grimesby Roylott, y no puedo decir que eso pese mucho sobre mi conciencia."

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**